

RELACIONES ENTRE ESPAÑA, SANTO DOMINGO Y HAITI

Por J. Marino Incháustegui

Múltiples facetas de un conflicto durante "la Anexión", en 1861.

En la más reciente edición del Diccionario de la lengua española se lee que el español es la lengua "originada principalmente en Castilla, y hablada también en casi todas las repúblicas americanas, en Filipinas y en muchas comunidades judías del Oriente y del Norte de Africa".

El tema que trato en gran parte podría llamarse la milagrosa supervivencia del idioma español, en su más castiza forma de expresión, en la que fuera la verdadera cuna de las Indias, del Nuevo Mundo o de lo que hoy llamamos América.

Pero como los hechos históricos que vamos a narrar son tantos, hasta llegar al episodio central del año 1861, nuestro lenguaje estará ex profeso desprovisto de todos los florilegios de nuestro rico idioma español, con objeto de abarcar las máximas noticias que nos sea posible dar dentro del marco de un espacio limitado.

*

El 5 de diciembre del 1492 Colón descubrió nuestra isla, hacia su extremo Noroeste; el 9 la bautizó con el nombre de "La Española" por los recuerdos de España, especialmente Andalucía, que le trajo a la mente, y el 12 tomó solemne posesión de ella en nombre de los Reyes Católicos.

Nuestra isla había nacido a la historia universal, se la había dado un nombre ilustre y se la había declarado hija de la corona de España en las personas de Fernando y de Isabel. Todo en el transcurso de una semana, en los albores mismos del descubrimiento.

El 24 del mismo mes, con el naufragio de la carabela Santa María, Colón, si no lo había pensado antes, tuvo que decidirse a dejar en La Española unos treinta y siete o treinta y ocho hombres que no podía acomodar en la Niña, mientras no conocía la suerte de la Pinta,

separada de él desde las costas orientales de Cuba.

Así nació el primer establecimiento español en las Indias: la villa de La Navidad, cerca del caserío principal del cacique Guacanagarí, quien había acogido a los españoles con muestras de júbilo y llegó a llamar "su hermano" a Colón.

Toda esa primogenitura estuvo reforzada por el amor que el Almirante profesó siempre a nuestra isla, de la cual fue personalmente gobernador, condición que ninguna otra tierra del Nuevo Mundo puede discutirle.

Y aunque los españoles dejados en La Navidad fueron aniquilados por los indios bajo el mando del cacique Caonabo, probablemente por excesos cometidos por la guarnición y quizá por celos de los nativos, al retornar el Almirante en su segundo viaje resolvió establecerse en las cercanías. En la carta escrita a Luis de Santángel, en marzo del 1493, poco antes de retornar triunfalmente, ya Colón había expresado que La Española era la isla más estratégicamente situada para recibir lo que se enviase de España y servir de base para abastecer las otras islas o la tierra firme que él vislumbraba cercana.

Y así nació La Isabela, en el Norte de la isla. Fue la primera ciudad del Nuevo Mundo y su nombre le fue dado en honor de la magnánima Reina Católica, quien tanto empeño puso en la empresa para conseguir que se convirtiese en realidad el sueño de descubrir y poblar un Nuevo Mundo para la Cristiandad.

Abandonada después por insalubre, o por hallazgo de las minas de oro del Sur, La Isabela quedó abandonada al poco tiempo. Y así surgió la ciudad de Santo Domingo, a orillas del río Ozama, fundada entre 1496 y 1498. Y a la cual de modo quizá pomposo, pero sentido, nosotros llamamos la "Primada de América".

De ahí nos viene nuestro gentilicio de "dominicanos" y de ahí, por antonomasia, en el mismo siglo vinimos a conocernos más por Isla de Santo Domingo que por La Española.

En la ciudad de Santo Domingo floreció el primer virreinato del Nuevo Mundo y su esplendor está avalado por la primera escuela para hijos de españoles así como de caciques indios (a comienzos del siglo XVI), la Fuerza y la Torre del Homenaje (hacia 1504), el hospital de San Nicolás de Bari y la construcción de la Casa de la Moneda (el mismo año), la concesión de su escudo de armas (en el año 1508, y por el cual se la reconoció como "la llave de las Indias"), la primera Audiencia (en el 1511), la primera catedral, bautizada Santa María la Menor, y el primer alcázar virreinal (ambos hacia el 1514), la primera Universidad, la de Santo Tomás de Aquino (hoy definitivamente comprobado que se estableció en 1538).

Junto a su Corte indiana, la ciudad tenía sus genuinas manifestaciones pétreas en lo militar, judicial, religioso y cultural. De allí que escritores e historiadores la llamasen "Atenas del Nuevo Mundo", señora de una veintena de pueblos españoles y cabeza del imperio hispánico en las Indias.

En el 1533 se concluyó un tratado de paz con el cacique Enriquillo, educado por los españoles, y quien fue el paladín autóctono que durante catorce años había combatido por la libertad de la raza aborígen.

Con ese acuerdo terminó la conquista y pocos lustros después desapareció el resto de los indios. Ya se había iniciado otra fase de la vida dominicana con la traída de los negros para reemplazar a los nativos en el laboreo de las minas, y hacia el año 1550 la ciudad estaba ya amurallada para defenderse de los ataques de los enemigos de España en sus tierras de Ultramar.

En 1586 el Draque, como le llamaban los españoles, se apoderó de la ciudad de Santo Domingo, cuya sistemática destrucción emprendió para imponer su rescate, el cual finalmente se pagó con 25,000 ducados, obtenidos por voluntaria colecta popular, en que las damas, de alcurnia o no, sacrificaron sus preciadas joyas junto al oro de los hombres.

Pero los daños causados fueron abrumadores, aparte de lo puramente material, y entre ello estuvo nada menos que la pérdida de los riquísimos archivos de la Real Audiencia y de la Catedral.

Lo más trágico fue que la toma y saqueo de Santo Domingo dio mayores ánimos a los enemigos de España. Ya hacía largo tiempo que, escasos de productos comerciales europeos que llegasen en buques españoles, los moradores de los pueblos costeros se habían acostumbrado al contrabando que realizaban ingleses, franceses, holandeses y portugueses.

La traída de los negros esclavos y el contrabando (o rescate, como se le llamaba entonces) son, en el siglo XVI, los males más funestos para nuestra isla.

En el 1589 un dominicano propuso a la Corona un remedio heroico para exterminar el contrabando: devastar los pueblos de las regiones del Norte y del Oeste de la isla.

Se aprobó el proyecto, y en el 1605 se inició la total destrucción de importantes poblaciones costeras, trayéndose a los moradores a formar nuevos pueblos en el interior de la isla. El contrabando podría así extinguirse, pero quedaban desoladas e inermes extensas porciones de la costa dominicana. Es el período doloroso que llamamos "la devastación de las bandas del Norte y del Oeste".

Pero muchas familias afectadas moral y materialmente por la

devastación lucharon contra la medida con las armas en la mano y, finalmente derrotados, más de un millón de descontentos prefirieron emigrar. Y así Cuba, Venezuela y Puerto Rico se beneficiaron con esa primera oleada de dominicanos que en el Caribe llegaron a conocerse como "los civilizadores", los cuales una y otra vez, en un período o en otro, ante las más diversas circunstancias, tomaron el camino del exilio hacia las que creían más acogedoras playas cercanas.

El mal fue muchísimo más profundo: arrasado el Norte y el Oeste, los contrabandistas iniciaron la ocupación de las fajas costeras de la isla. Primero vinieron a cazar el ganado, convertido en montañez, que no se trajo cuando la devastación. Esos cazadores decidieron quedarse en tierra y negociar con las tripulaciones de contrabandistas que ahora usaban a la isla "como punto de abastecimiento", tal como había escrito el Almirante a Santángel en marzo del 1493.

Las cabras eran las más abundantes. Y de su nombre francés bouc se derivó boucán (lugar donde se mata el bouc) y de allí se formó bucanero (es decir, el hombre que mata el bouc, en el boucán).

El bucanero era un cómplice realmente indispensable para que los filibusteros, los piratas y los corsarios se abstudiesen de algo indispensable para su existencia: la carne que aquél ahumaba para las tripulaciones que participaban en expediciones tan largas como arriesgadas.

Lo raro es que esa trágica palabra nunca haya sido admitida por la Real Academia de la Lengua, aunque ha de encontrarse omnipresente en centenares de libros, monografías y folletos, así como en millares de documentos existentes en los inagotables archivos de España y en los de la Real Academia de la Historia.

Los bucaneros se asociaron con los filibusteros (palabra derivada del inglés: bien flight-boater, tripulante de buque ligerísimo, o fre-boater, miembro de una tripulación libre que sólo se comprometía por un viaje y la cual escogía soberanamente su propio jefe para realizar una determinada misión de saqueo o pillaje).

Asociados bucaneros y filibusteros, unos permaneciendo en tierra y otros actuando en el mar y en las costas (también se llamaban entre sí "hermanos de la cosa"), esos merodeadores del mar, verdaderos engendros del demonio, sembraban el terror y el espanto en las poblaciones españolas, inicialmente en la cuenca del Caribe y en las otras regiones americanas después. Su paso quedaba marcado con un fuego dantesco: primero atacando a las poblaciones indefensas; luego, con audacia increíble, a las pétras fortalezas del imperio: Santo Domingo, San Juan de Puerto Rico, La Habana, Panamá,

Portobelo, Chagres, San Juan de Ulúa, Cartagena de Indias... son sólo unos pocos hombres de una humeante geografía de las máximas depredaciones cometidas en un rincón de las Indias.

¡Y cobrando ánimos a medida que aumentaban el botín llegaron en su audacia a abordar los poderosos galeones que conducían a España los tesoros indianos del Imperio y hasta cometieron ataques contra los propios costados del acosado león ibérico!

Esos hijos espurios de nuestras costas encontraron refugio en la que así se convirtiera en la tristemente famosa islita de La Tortuga, en el Noroeste de la isla de Santo Domingo. Después el cetro de la corrupción pasó a Port Royal, en la ya británica isla de Jamaica.

Bucaneros y filibusteros iniciaron el ataque más certero contra el Imperio español en las Indias, y de su asociación surgieron los planes más atrevidos y fantásticos para atacar las islas y tierra firme, así como para abordar y saquear las ricas flotas del tesoro español.

Las guerras recientes del Asia y Africa, con las visiones de largas filas, interminables, de ancianos, mujeres y niños desplazándose de un lugar a otro en busca de un oasis de paz, sólo son un reflejo moderno de aquellas mismas criaturas de las Antillas, acosadas por la canalla y cercadas, en sus pequeñas islas, por el inmenso anillo del insalvable mar Caribe.

Detrás de los bucaneros vinieron los plantadores, quienes para sus cultivos fueron estableciéndose más lejos de la costa, en lo que llamábamos "la tierra adentro". A más de víveres para la subsistencia, los intrusos fueron creando un imperio colonial basado en extensas plantaciones de café y en ricos cultivos e ingenios para caña de azúcar. Y para lograr su creciente expansión fueron sistemáticamente arrancando al Imperio hispánico jirón tras jirón de la isla Española.

Los prósperos plantadores, a más de los esclavos negros del Africa, trajeron a una especie de esclavos blancos, llamados engagés, o comprometidos, los cuales vendían sus servicios por tres años con tal de que les pagasen como todo sueldo durante ese lapso los gastos de viaje desde Europa hasta el Oeste de la isla de Santo Domingo. Al cumplir su compromiso, si sobrevivían al trato más inhumano, los engagés podían escoger su carrera como plantadores, bucaneros o filibusteros.

Y a ese tétrico cuadro vino a agregarse la hez de los lupanares franceses: mujeres recogidas en las redadas de la Policía de París y otras ciudades.

Así vemos cómo bucaneros, filibusteros, plantadores, comprometidos, esclavos negros y prostitutas constituyeron el núcleo inicial de la colonia francesa de Santo Domingo.

Los piratas, quienes actuaban por su cuenta (a diferencia de los

corsarios, amparados por un Gobierno o potencia), continuaban, además, los ataques y pillajes contra las ciudades del Este dominicano.

Junto a los nombres ingleses de Drake, Frobisher, Morgan o Newport surgen otros, franceses, como Delisle y Cussy, para sólo citar escasos ejemplos.

Pero en el 1655 Cromwell despachó contra la isla de Santo Domingo la más poderosa expedición con que una potencia europea disputase el dominio de España en América.

Y gloriosamente derrotamos a los ingleses a las puertas de la ciudad de Santo Domingo con las mortíferas cargas de los lanceros, a quienes los atacantes llamaban cow-killers, o matadores de vacas, mote irónico por matadores, o toreros, como diríamos hoy.

Como compensación, las diezmadas fuerzas británicas fueron a Jamaica y se apoderaron de la isla. Pero no habían logrado su objetivo primordial. Precisamente nuestra obra "La gran expedición inglesa contra las Antillas Mayores" está consagrada a la concepción, ejecución y derrota de los planes del Protector de Inglaterra para conquistar Santo Domingo como inicio de la empresa total de expulsar a los españoles del Nuevo Mundo y posteriormente (¡vana ilusión!) destruir el poderío universal de la Iglesia católica.

Mientras tanto los bucaneros y los plantadores del Norte y del Oeste, unas veces con predominio inglés y otras con el francés, lograron ocupar extensas porciones del territorio abandonado por las devastaciones del 1605. Y antes de un siglo, en el 1697, por el tratado de Ryswick, España tuvo que reconocer a Francia su derecho a la parte occidental de la isla.

Así nacieron y crecieron, inseparablemente juntas, esas hermanas siamesas, las más disímiles que haya conocido la historia universal. Tan disímiles que ningún diálogo puede establecerse: los haitianos hablan francés, o un patois llamado creole, y practican el diabólico vudú, mientras nosotros hablamos español y somos el 99 por 100 católicos.

El siglo XVIII marca la fundación de numerosos pueblos en el Este y en el 1777 España es de nuevo afectada en su orgullo: esta vez con la fijación de fronteras, que culminó en el tratado de Aranjuez. Esa sólo vino a ser una de las numerosas marcas de lo que llamábamos la raya entre el Este y el Oeste, es decir, entre la parte española y la parte francesa. Pero siempre el haitiano empujaba tras esa raya, ocupando pedazo a pedazo todo cuanto podía del territorio dominicano. Así perdimos Hincha, San Rafael, Las Caobas y un sinnúmero de poblaciones que agobia recordar.

Por curiosidad lingüística recordaremos que los nacidos cerca de esa tierra de nadie reciben el mote de rayanos, lo cual no ha admitido la Real Academia en esa acepción precisa.

Pero se produjo la Revolución Francesa y los vientos borrascosos de París llegaron hasta su colonia del Oeste, iniciándose la lucha más bien entre mulatos y negros, pues entonces el blanco casi no contaba, y hoy no cuenta nada.

Por el tratado de Basilea del 1795, y como resultado de un nuevo acuerdo de paz, España tuvo que ceder a Francia la parte oriental de la isla. De la devastación del 1605 habíamos llegado a la total aniquilación del genuino ser dominicano: la isla entera pertenecía a los franceses.

En la interpretación de nuestra historia puede ser que ciertas posturas dominicanas resulten extrañas a los historiadores españoles. Pero es natural que el trasfondo telúrico del terruño donde nacimos nos haga considerarlo así.

A pesar de ser profundamente hispanistas, de la más ferviente acción, el subconsciente se impone y en casos como el tratado de Basilea a los dominicanos de entonces, y aun a los investigadores de hoy, resulta duro de comprender que como resultado de guerras en Europa fuéramos transferidos a Francia entre el botín del vencedor, pues a un pueblo es difícil convencerle con sólo decirle, ante su máxima desgracia, que éstos son los azares de la guerra. . .

Ahí, más que en los propios bucaneros y filibusteros, está sellado un destino de siglos, que constituirá un trágico contrapeso de los sentimientos de amor hacia España, lo cual parecería paradójica, pues fuimos el único pueblo del Nuevo Mundo que por dos ocasiones y por decisión más o menos, espontánea, retornamos a confundirnos en el seno común de la Madre Patria.

Nuestra obra "Documentos para estudio. Marco de la época y problemas del tratado de Basilea de 1795 en la parte española de Santo Domingo" es una síntesis de la angustiosa vida de nuestro pueblo en ése que fue uno de los más difíciles lapsos de su martirizada existencia.

Resulta imposible expresar las penalidades del dominicano, cuya tranquilidad fue siempre de la más precaria condición. Pero ahora se llegaba al colmo: se les pasaba de una potencia a otra. Y el alma nacional sufriría los tormentos del infierno. Los tres últimos fines de siglo fueron penosos jalones para Santo Domingo: en el XVI fue la invasión y saqueo de Drake, en el XVII la cesión total de la isla a Francia.

Napoleón no tenía tropas para hacer efectiva la ocupación de los territorios recién adquiridos, y los oficiales haitianos, encabezados por Toussaint, invadieron el Este y desalojaron a los escasos contingentes españoles.

Toussaint se proclamó gobernador y empezó la haitianización del pueblo dominicano. Los franceses estaban lejos, en la metrópoli, y los haitianos crearon la teoría, unilateral y acomodaticia, de que Haití era uno e indivisible, cuyos límites eran el mar.

Pero afianzado Bonaparte, despachó a su cuñado, el general Leclerc, para someter a Toussaint, y tras cruenta lucha se apresó al jefe haitiano, quien murió encarcelado en Francia. Entre las crueldades cometidas por los haitianos se cuenta el fusilamiento de todos los hombres del Batallón Fijo de Santo Domingo, ejecutados en las cercanías de Puerto Príncipe.

Muerto Leclerc, la campaña continuó bajo mando del general Rochambeau. En el 1801 los franceses habían capturado Santo Domingo, pero no lograron ocupar posiciones en la parte Oeste, donde se produjo la más horrenda matanza de los colonos.

Los esclavos traídos originalmente del Africa en buques negros para los cultivos del café o de la caña de azúcar, o sus descendientes, habían recobrado de modo sangriento su libertad y proclamaron la República de Haití el 10 de enero de 1804. Era, y es, el primer Estado negro del Nuevo Mundo.

Al año siguiente Dessalines inició la invasión de la parte del Este y llegó a poner cerco a la ciudad de Santo Domingo. (Y recuérdese que mientras los haitianos han cruzado cinco veces la frontera para atacar la parte dominicana, los dominicanos jamás la han cruzado para iniciar una invasión de Haití).

Pero la flota francesa amenazó Puerto Príncipe, la capital haitiana, y Dessalines, ante la resistencia de los sitiados en la capital, decidió retornar al Oeste, cometiendo a su paso inenarrables atrocidades, como el incendio y destrucción total de Azua, en el Sur, y el degüello de Moca, en el Norte, donde fueron pasados a cuchillo todos los habitantes refugiados en la iglesia, incluyendo mujeres, ancianos y niños y hasta el propio sacerdote.

En el 1808 el dominicano Juan Sánchez Ramírez, con la ayuda del gobernador español de Puerto Rico, derrotó las huestes napoleónicas en Palo Hincado. Y aliado con la flota inglesa, desalojó a los franceses de la ciudad de Santo Domingo. Es lo que llamamos la Reconquista.

Fue la primera de las dos veces que Santo Domingo volvió al seno de la comunidad hispánica por su propia decisión. Pero circunstancias adversas predominantes en la metrópoli harían que España no

pudiese ocuparse de Santo Domingo y este período ha sido llamado por los historiadores España Boba.

Y en esa languidez, el 10 de diciembre de 1821, don José Núñez de Cáceres proclamó nuestra independencia de España. Los historiadores dominicanos, por lo general, llaman este período Independencia Efímera, pues el Estado Independiente de Haití Español, que pretendió, inútilmente, unirse en una federación con la Gran Colombia de Bolívar, fue invadido por el presidente haitiano Boyer. Los invasores nos dominaron veintidós años, hasta el 1844, y sus tenaces esfuerzos por haitianizarnos estuvieron patentes en todo, incluso en querer arrancarnos la rica lengua española que nos legaron nuestros antepasados.

Cuando se expulsó a los haitianos y se creó la República Dominicana, se inició el milagro de que la parte del Este intentase avanzar, y avanzó con éxito, hacia el reencuentro de su alma nacional.

Nótese que, probablemente de modo erróneo, los historiadores dominicanos llaman independencia a este último hecho. Con todo respeto a las opiniones de los demás, prefiero llamarlo separación de Haití, sencillamente separación o fundación de la República Dominicana, pues no concebimos que nos podamos independizar de Haití, sino de España, que fue y es la Madre Patria. Por eso mismo llamamos independencia (sin la limitación de efímera, que es para nosotros absurda) la acción que realizó, quizá demasiado personalmente y sin el justo cálculo de los riesgos haitianos, el doctor Núñez de Cáceres.

La creación de la República Dominicana fue la obra de la sociedad secreta La Trinitaria, fundada en el 1838. Y nótese cómo en ella predomina el número tres: sus fundadores fueron nueve, separados en tres grupos de tres personas; la bandera fue concebida con tres colores: rojo, azul y blanco; y de allí surgieron los tres Padres de la Patria: Juan Pablo Duarte, Francisco del Rosario Sánchez y Ramón Matías Mella.

Duarte, a quien llamamos el fundador de la República, entre los tres fue el único de los primeros nueve trinitarios y en su hogar se fundó la sociedad. Pero el destino, adverso, le mantuvo ausente, en el exilio, la noche del 27 de febrero de 1844.

Sánchez, quien constituye el blanco al cual se dirigirán finalmente nuestras palabras de hoy, encabezó a los patriotas conjurados en el baluarte del Conde al nacer de la libertad.

Y Mella, el más militar y aguerrido de los tres, fue precisamente un distinguido diplomático dominicano en gestiones difíciles ante la corte de España.

Para nuestra manera de pensar, en la trilogía formada por esos hijos de la ciudad de Santo Domingo, Duarte es el corazón, Sánchez

el cerebro y Mella el brazo, que unidos forjaron nuestra patria dominicana.

Los restos de los tres patriotas reposan en ese mismo baluarte donde nació la República, bautizado con el nombre de Altar de la Patria, dentro del recinto de un antiguo bastión español, donde arde la llama eterna de la gratitud nacional. Ahí están indisolublemente unidos lo dominicano y lo hispánico, en un abrazo de siglos.

Proclamada la República y expulsados los haitianos del territorio nacional, se inició el largo período de la guerra en la frontera, el cual se prolongó unos catorce años.

La guerra con Haití fue larga y cruenta. La suerte de las armas fue unas veces de los dominicanos y otras de los haitianos, lo cual da un rotundo mentís a toda información contraria!

La verdad es que en cuatro campañas (de 1844, de 1845—1849, de 1849—1855 y de 1855—1856) nunca los haitianos pasaron, en su máximo avance, de las ciudades de Azua de Compostela (en el Sur) o de Santiago de los Caballeros (en el Norte). Y por lo general la línea dominicana se estabilizaba entre Neiba, Comendador (hoy Elías Piña) y Capotillo, mientras la marina nacional fue la única en cañonear las principales poblaciones costeras de Haití y establecer el bloqueo de sus puertos.

Entre las inolvidables impresiones de mi niñez recuerdo haber leído, más de una vez, una carta, amarillenta por la acción de los años, que mi abuelo materno, coronel de los ejércitos dominicanos en la frontera, escribió a mi abuela durante un instante de tregua en la campaña. En ella le pedía conformidad y la urgía a proclamar que la retaguardia y el ánimo nacionales debían mantenerse en alto para corresponder a los sacrificios de quienes luchaban por la supervivencia dominicana en los ardidos campos de batalla del Oeste. Y le decía, probablemente añorando la mesa de su lejano hogar, pero con una simplicidad espartana: "Ayer, por toda comida, tuvimos una escasa ración de mangos verdes".

¡Y pensar hoy que esos patriotas, ojo avizor hacia el Oeste y decididos a dar la vida en el antemural de los cuarteles fronterizos, habían tenido que comprarse sus uniformes, sus armas y sus municiones, sin percibir sueldo fijo ni seguro!

En el mismo año 1844 los dominicanos encontraron sus héroes militares: en el Sur el general Pedro Santana, por primera vez en los anales de la naciente República derrotó decisivamente a los haitianos en la batalla de Azua o del 19 de Marzo, mientras en el Norte el general José María Imbert les infligió desastre de igual o parecida magnitud en la batalla de Santiago o del 30 de Marzo.

Santana se convirtió en el más popular de los jefes, y ese mismo

año se apoderó de la dirección de la Junta de Gobierno, desterró a Duarte, recién llegado de Venezuela, eclipsó a Sánchez y fusiló a su tía María Trinidad, mientras mantuvo alejado a Mella.

Del 1844 al 1863, durante casi veinte años, Santana fue, desde la presidencia o fuera de ella y con sólo ligeros eclipses, el hombre clave con que podía contarse siempre para contener las ansias haitianas de invasión al Este.

Aún hoy, Santana es uno de los más discutidos hombres públicos dominicanos, pues a la par del prestigio de su espada en las luchas contra Haití fue igualmente sanguinario con sus enemigos políticos dominicanos. Su acero parece haber sido un sable de dos filos. Pero el pecado de que se le ha acusado siempre es el de no haber tenido fe en los altos destinos de la República, que, paradójicamente, su brazo de titán había sostenido en tan gloriosas campañas contra el invasor.

Y llegamos al punto focal de nuestras palabras de hoy.

Imbuído en esas ideas, quizá fruto de profundas cavilaciones en las largas horas de vela en los campamentos de la frontera, dentro de las paredes del Palacio Presidencial o en la soledad de su hato de El Prado, cerca de la villa levantina de Salvaleón de Higüey, Santana calculó que la única manera para librar a los dominicanos de la siempre ominosa presencia de los haitianos en la frontera era logrando para sus planes la más efectiva ayuda de España. ¿O fue que presintió cercana su muerte y quiso dejar a los dominicanos protegidos bajo la tutela de la Madre Patria?

Y así decidido, actuando casi solo, Santana inició conversaciones con los gobernadores de Cuba y Puerto Rico, especialmente con aquél, el general Francisco Serrano, luego duque de la Torre, y apodado el general Bonito, para lograr la reincorporación de Santo Domingo a la Madre Patria. Otros creen que Santana lo que pretendía era reforzar su gobierno con las tropas de España, pero los documentos encontrados recientemente parecen indicar que la primera hipótesis apuntada es la más probablemente cierta: destruir el militarismo haitiano con ayuda del férreo brazo de España.

Preparado con un plan completo de invasión a Haití (la primera vez que los dominicanos habían cruzado la raya para atacar el Oeste), el general se desesperaba ante lo que juzgaba lentitud en las negociaciones con la Madre Patria.

Santana, espíritu inquieto y de acción, el 18 de marzo de 1861, aun sin el consentimiento expreso de Serrano, capitán general de Cuba, anunció que la República Dominicana entraba a formar parte de España como provincia de Ultramar. Santana pasó de presidente a gobernador y capitán general. Es lo que llamamos la Anexión.

Los expulsos dominicanos, principalmente el grupo de patriotas

radicado en la entonces danesa isleta de Saint Thomas, decidieron actuar contra Santana. Y para ello lograron aliarse, ¡extraña ironía del destino! con el presidente haitiano Geffrard.

En diversas poblaciones del país hubo protestas y se produjeron los levantamientos armados de Moca y de Neiba, fácilmente sofocados.

Pero en junio Sánchez y sus compañeros, dirigidos militarmente por él y por los generales José María Cabral, Fernando Tavera y José Cabrera, con la decidida protección del Gobierno haitiano, que odiaba a Santana y temía que la anexión a España condujese a la invasión de su territorio, irrumpieron por el Norte y por el Sur de la frontera, apoderándose de Cachimán, Las Matas de Farfán, El Cercado y Neiba.

Pero las lluvias y el rápido transporte de refuerzos, no sólo de tropas dominicanas sino de españoles recién llegados, sellaron el destino de la invasión, que fue derrotada. La flota del comandante Joaquín Gutiérrez Ruvalcaba, situada rápidamente frente a Puerto Príncipe, con su ultimátum logró, primero, que los haitianos cesasen su ayuda a Sánchez y, después, que el Gobierno de Haití diese satisfacciones por ello a España.

En El Cercado fueron apresados Sánchez (quien estaba gravemente herido) y otros compañeros, trasladándoseles de inmediato a San Juan de la Maguana, donde fueron juzgados sumarísimamente por un consejo de guerra integrado por oficiales dominicanos.

Santana llegó hasta San Juan. Y entonces, anunciando la victoria, retornó rápidamente a Azua y luego a Santo Domingo, y dejó que fuesen sus oficiales subalternos dominicanos, indudablemente bien instruidos por él, quienes cargasen con la responsabilidad inmediata de fulminar sentencia contra los prisioneros.

El 30 de junio Santana, todavía en Azua, nombró al brigadier Peláez y Campomanes jefe de todas las tropas que operaban en el Sur.

Sánchez y veinte compañeros, condenados a muerte, fueron ejecutados el 4 de julio de 1863, sin haberse tramitado aún la solicitud de indulto que algunos de los invasores elevaron a S.M. Isabel II.

Uno de los Padres de la Patria caía acribillado por balas dominicanas y algunos historiadores (nunca faltan casos extremos en la apreciación de los hechos históricos y de las cualidades de los hombres, no super—hombres perfectos, que conquistan lugar preponderante en sus páginas) han llegado a sostener la insólita tesis de que con la sangre del mártir quedaron lavadas sus debilidades como político militante.

Sánchez, profeta como hombre público privilegiado, evitó que

se le enrostrasen otras acusaciones cuando, previendo el porvenir, dijo: "A quienes me acusen por haber entrado por Haití decidles que yo soy la bandera nacional". Y antes de morir, malherido, y por ello sentado en una silla, se envolvió en la sagrada insignia de la patria para esperar la descarga mortífera.

Santana, sin haberlo dicho nunca de modo expreso y claro, sordo ante las peticiones de clemencia de dominicanos y españoles, parece haber tenido presente una suprema necesidad del Estado: fortalecer la retaguardia dominicana ante el inminente ataque a Haití con el respaldo de las recién llegadas fuerzas españolas.

Pero lo que hemos reservado para lo último constituye prueba patente de la nunca bien ponderada hidalguía española.

El segundo cabo de Cuba, y posteriormente segundo cabo de Santo Domingo, brigadier español Antonio Peláez y Campomanes, ahora jefe de operaciones en el Sur, desde Azua de Compostela, el 6 de julio, escribió a Santana: "Cuando por la carta particular que escribí a V.E. hallándose en camino para San Juan y por el oficio que tuve el honor de dirigirle antes de ayer pidiéndole indulgencia para los 20 prisioneros hechos en El Cercado, esperaba serían indultados de la última pena a nombre de la Reyna N.S. (q.D.g.), me llena hoy de horror y de justa indignación la infausta nueva de que aquellos infelices estraviados han sufrido el día 4 la pena capital, con circunstancias tales y un lujo de crueldad que ha sobrecojido a los haitianos de esta comarca, a mí mismo y hasta el último de mis subordinados.

"La escelsa Señora a quien sus pueblos saludan como Madre, la que es amparo y égida de los desgraciados, aquella cuyos labios no se abren sino para pronunciar la palabra perdón, la que al dirigirse a sus hijos de Santo Domingo les promete la paz y felicidad asegurándoles "que si esta Isla fue la predilecta de Isabel Primera será la especial protegida de Isabel Segunda", no podrá consentir se haya derramado en su augusto nombre la sangre de un puñado de ilusos.

"V.E. en su alta penetración rechazará, como rechazo yo con todos mis subordinados, el que se haya invocado el nombre de aquella Augusta Señora para el sacrificio inhumano de las víctimas indefensas de San Juan; V.E. no puede dejar de comprender lo que tiene de implícito una medida de tal gravedad cuando se inaugura en Santo Domingo una nueva era de reconciliación y de justicia. Sensible y doloroso es que en el día de la indulgencia y del olvido se humedezca el suelo con sangre de los que son nuestros hermanos, y que las tropas Españolas puedan aparecer como instrumentos de partidos y banderías, más alto que las cuales se halla V.E. como digno representante de S.M. en esta preciosa Isla.

"Yo me hallo firmemente persuadido de que V.E. castigará con

todo el rigor de las leyes, a quien ignorante o mal aconsejado se ha permitido el incalificable desacato de invocar para un acto de crueldad a nuestra querida y escelsa soberana.

“Sírvese V.E. ver en este escrito un testimonio de las simpatías que me unen a V.E. y del interés que me inspira su buen nombre estrechamente unido al de la Nación Española”.

A lo cual contestó Santana el 8 de julio del modo siguiente:

“Tengo el sentimiento de manifestar a V.S., en contestación a su oficio del 5 de los corrientes, que cuando éste llegó a mis manos recibía también el parte en que se me daba cuenta de quedar cumplida la ley, sobre los desgraciados prisioneros hechos a los haitianos invasores; y a no ser así, V.S. puede estar muy seguro que había bastado el Sagrado nombre de S.M. que V.S. invoca, para que hubiese ejercido sobre ellos el acto de clemencia que con tanta instancia me recomienda y que cuantas veces me lo han permitido las circunstancias he puesto en práctica. Así pude hacerlo, no ha mucho tiempo, en las condenaciones de Moca, en las de San Juan el año próximo pasado, y en otras muchas.

“Por desgracia en la presente nada he podido hacer, ni me llegó bastante a tiempo la expresión de V.S. para haberla tomado en la consideración que merece”.

¿Es que Santana había olvidado ya la “carta particular” que le escribió el brigadier cuando se hallaba “en marcha para San Juan”?

El mismo día Peláez y Campomanes escribió al comandante Antonio Luzón, destacado en San Juan de la Maguana, en el escenario mismo de los acontecimientos, y le expresó:

“Habiendo llegado a mí noticia que en San Juan han tenido lugar algunos fusilamientos, me significará V. con toda brevedad si el todo o parte de las fuerzas de su mando han concurrido á dicho acto, y si, como lo que espero, me contestase afirmativamente le prevengo me exprese, con toda claridad, la orden en virtud de la cual ha procedido, así como las indicaciones que en este sentido contrario haya producido á la autoridad de quien recibiera la referida orden”.

Pero el comandante Luzón, jefe local de las fuerzas españolas, también había dado muestras de su hidalguía y, actuando por su propia autoridad y siguiendo los impulsos más nobles de su corazón, había ordenado a su tropa abandonar San Juan de la Maguana y trasladarse, para maniobras, a un lugar donde no pudiera escuchar siquiera los redobles del tambor ni los disparos que troncharían las vidas de ese glorioso grupo de dominicanos.

Ese mismo día 6 el brigadier escribió al capitán general de Cuba. Su epístola, ya lo dijimos en discurso pronunciado en San Juan de la

Maguana al descorrerse el velo del monumento y estatua a Sánchez y sus compañeros en el centenario de su fusilamiento, "es digna de figurar entre las joyas literarias de Marte Magnánimo, sobreponiéndose a la condición de enemigo en el adversario inerme e indefenso".

Dice así:

"La pluma vacila en mi mano, llena de horror, y mi espíritu desfallece al verme en la imprescindible necesidad de dar cuenta a V.E. de una escena inaudita de desolación y de sangre, que así fatiga mi espíritu como ha traído el llanto y la desolación al seno de las familias en esta comarca".

Y continúa más adelante:

"En vista de un suceso que tanto y tan hondamente afecta al buen nombre de España en esta Antilla y a los ojos de los hombres ilustrados y sensatos de todos los países, he dirigido al E.S. Capitán General de esta Isla la comunicación que en copia tengo el honor de acompañar a manos de V.E. bajo el número 30.

"Sirva a V.E. de consuelo, en medio de todo, que ni a la ejecución ni al cuadro ha concurrido un solo hombre de la Brigada de mi mando, pues las dos Compañías de la Corona y la Sección de Caballería que se hallaban en San Juan, a pretexto, se alejaron de la población, afectados por la escena de horror que se preparaba.

"Renuncio a mayores detalles y consecuencias que tengo ya por inútiles para la alta penetración de V.E., a quien me bastará decir que este papel se halla escrito con las lágrimas de un pueblo sobrecojido y angustiado".

Madrid, 1965.

